

La tercera guerra mundial

ISMAEL GRASA

Anagrama, Barcelona, 144 págs.

Anecdotalario

Emilio Peral
1 julio, 2002

Ismael Grasa (Huesca, 1968), con su recién publicada novela *La tercera guerra mundial*, participa de algunas de las tendencias –y vicios– más comunes en la última narrativa española. De un lado, asume la novela como un ejercicio de reproducción fiel de una realidad cercana --en este caso la España de los años sesenta y setenta–, perfectamente reconocible por sus potenciales lectores; de otro, pervierte, en grado extremo, el proceso de selección inherente a toda manifestación artística, de modo que su narración se convierte en una especie de diario íntimo, en el que tienen cabida las más variopintas experiencias, escasamente tamizadas por una mirada narradora que, desde su palmaria inocencia, se inhibe, una vez tras otra, de interpretarlas.

Este sistema de acumulación aleatoria de anécdotas a que responde *grosso modo* la técnica narrativa de Grasa hace de su novela un cajón de sastre, integrado por múltiples y deshilvanados elementos. No debe sorprendernos, pues, que Grasa enjarete, uno tras otro, los viajes a Salou, las caravanas ineludibles en busca de la ansiada playa, la llegada a la Luna, la educación religiosa, las fiestas populares... en un discurso perenne cuyas partes resultan fácilmente intercambiables; a fin de cuentas, lo mismo da colocar antes o después la excursión escolar y la preceptiva visita familiar al monasterio de El Escorial y la Cruz de los Caídos.

Si poco halagüeña es la elección de los personajes y las peripecias que les acontecen, nada mejor cabe apuntar respecto de la disposición narrativa. Justo es decir que el ejercicio de aluvión a que responde *La terceraguerra mundial* se ve aliviado, a ratos, por un estilo fresco y suelto, deudor de una sintaxis sencilla que, basándose siempre en la yuxtaposición, consigue reflejar la percepción impresionista que de la realidad tiene el joven narrador. A ello hay que unir la habilidad de Grasa en la alternancia de perspectivas narradoras, de manera que la transición entre primera y tercera personas apenas altera el ritmo del relato. Con todo, la ordenación de la materia, compuesta de pequeños fragmentos narrativos, resulta a todas luces arbitraria. Más que de partes significantes, cabría hablar de instantáneas que un turista cualquiera quisiera conservar en su álbum de viaje. A diferencia, pues, de la técnica sintáctica de la yuxtaposición, el carácter fragmentario no es un ingrediente necesario de la novela sino, más bien, una pantalla de apariencias forjada, no desintencionadamente, a fin de ocultar la falta de pericia para hilvanar una historia compacta o, en el peor de los casos, con la intención de contrarrestar la ausencia de un planteamiento previo al quehacer literario.

Así las cosas, tanto las experiencias escolares del poco nutrido grupo de muchachos que integra el elenco de *dramatis personæ* como las experiencias familiares de la pareja protagonista terminan siendo una versión adulterada de otras experiencias literarias mucho más honestas en cuanto a la disposición y planteamiento narrativos. Porque, a decir verdad, no encontramos mucha diferencia entre la propuesta de Grasa y ciertos libros juveniles –del tipo *Le petit Nicolas* y sus numerosas secuelas–, amén, claro está, de la claridad de pretensiones que media entre aquélla y éstos. Si en el caso de nuestra novela la candidez del narrador y las insustanciales experiencias por él vividas pretenden hacerse pasar por una elección creativa seria y adulta, en el segundo de los casos dichas circunstancias se hacen elementos necesarios de la narración en correspondencia con el lector a quien se dirige.

No mucho más cabe decir de una *tercera guerra mundial* cuyo creador sale derrotado por falta de contundencia y de un plan estratégico bien pergeñado.